

# Francisco Prat Puig: el maestro, su mundo; una colección

David Silveira Toledo

# 58

Una de las actividades más entrañables realizadas durante la semana de Introducción a la Especialidad, en mis estudios universitarios de la Carrera de Historia del Arte, fue la visita a la residencia del Dr. Francisco Prat Puig en el reparto Las Flores, del poblado de El Caney. Era un peregrinaje peculiar, sorprendente tanto por el descubrimiento de la persona que residía en la antigua casa, como por el encuentro inusitado con cientos de objetos que colmaban este espacio.

Ese universo revelaba sabiduría, humanismo pero, sobre todo, denotaba la voluntad insaciable que tenía aquel profesor por adquirir conocimientos. Aquel reino mágico lo construyó Prat a su imagen y semejanza. Vital, enérgico, el sabio maestro supo en esa ocasión comunicarse muy bien con nosotros, a pesar de las lógicas diferencias generacionales. A nuestro heterogéneo grupo de jóvenes, procedentes de la mitad oriental de Cuba, nos llamaba mucho la atención su forma de hablar, en la que, desde su ineludible acento catalán, concebía originalísimas expresiones que conciliaban lo popular con lo culto. Y así, en medio del salón de su casa, conversando sin parar, el sabio supo encontrar un amplio arsenal de recursos que motivaron en nosotros un genuino interés hacia el estudio del arte y la cultura.

Con rapidez nos dejamos cautivar por su carisma, y terminamos maravillados ante su misterio. No fue casualidad que a partir de esa tarde empezáramos a vislumbrar mejor nuestra identidad como estudiantes de Historia del Arte y comenzáramos a comprender, sin tapujos, que nos esperaban largos años

de sacrificios para aprehender la descomunal huella cultural heredada por siglos y siglos de historia.

La semilla sembrada en su casa, aquel día, fue cultivada con celo y creció con ímpetu al igual que las plantas que engalanaban su jardín de esta casa de El Caney. Gracias a este encuentro pudimos comprender mejor el proceso de nuestra formación profesional, lo que nos permitió debatir a profundidad los aciertos y desaciertos de los planes de estudio, el diseño de las disciplinas, o los objetivos de las asignaturas. Prat fue el símbolo supremo de nuestra profesión, así como el paradigma de lo que aspirábamos alcanzar en el futuro.

Nuestro desarrollo como profesionales se definió, en gran medida, a partir de este encuentro. Esa fue la mejor clase de nuestros años estudiantiles (bien práctica, por demás); nunca superada por ningún otro de nuestros excelentes profesores del claustro que, con justicia, fueron muchos. De ese ambiente no nos escaparíamos nunca, porque nunca quisimos salir.

Así, junto a sus cientos de periódicos, sus libros desorganizados, sus revistas colocadas al descuido por el piso; cautivados por el embrujo de muebles, pinturas, jarrones y empequeñecidos en el reflejo opaco del espejo de la gran consola del salón de su casa, recibimos la primera gran lección de humildad de este sabio: el saber se comparte.

No hay dudas que, desde esa jornada, el universo de Prat comenzaría a revelárenos de manera irrefutable. ¿Adónde habíamos viajado? ¿A un museo, a una casa, a otro mundo? En su espaciosa morada, el maestro contemplaba el tiempo como objeto también coleccionable y parecía atraparlo con codicia. Para él, la búsqueda de la trascendencia era inexcusable, un hecho heroico que debía abrirse paso a partir de la *gnosis*. De ahí, su culto al pasado, conjugado con el compromiso ético por aprehenderlo holísticamente.

El maestro no se cansaba de buscar maneras para hacer efectiva la enseñanza de la Historia del Arte, su gran pasión. Una vía fundamental era el contacto directo con la obra, el signo que refería y contenía el legado de un tiempo. Como buen arqueólogo, la experiencia que conlleva el empalme con el objeto estudiado implica en sí mismo un recurso insustituible. Prat quería

salvar de esta forma las carencias que existían en el estudio de esta disciplina en nuestro contexto, separado por miles de kilómetros de los grandes epicentros del arte occidental. Necesariamente tenía que buscar referentes que ilustraran sus clases, y él supo encontrarlos.

De su vocación científica deriva su afán como coleccionista, iniciada en su temprana infancia en Cataluña. Arqueólogo precoz, apasionado de la historia, su vida novelesca define los rumbos de una España dividida entre dos bandos irreconciliables. El joven profesional toma partido por la República y parte a la guerra. Allí combate con todas sus fuerzas y finalmente sufre la derrota. Con la toma de Barcelona por las tropas franquistas en 1939 dice adiós a su tierra. Prat sufre el destierro, pero saca fuerzas no solo para sobrevivir, sino para demostrar su genio. Después de un tiempo reconcentrado en un campo de refugiados en Agde, Francia, donde demuestra su genial talento como arqueólogo, se traslada a Cuba donde desarrollaría una obra extraordinaria como científico y docente.

En la mayor de las Antillas escribe su inmortal libro, *El prebarroco en Cuba, una escuela criolla de arquitectura morisca*, editado en 1947, estudio que indaga con osadía en las esencias identitarias de nuestro ámbito constructivo. También, en ese año, se integra al claustro de la Universidad de Oriente, entidad que lo acoge con cariño y entusiasmo.

En Santiago de Cuba encuentra una ciudad subyugante que lo recibe con gentileza. Entre sus calles descubre sus monumentos arquitectónicos, admira a sus pobladores y disfruta de su atmósfera. Se abre de esta forma a una urbe cuya traza multicultural lo deslumbra y lo compromete. A partir de este momento, Prat se hace cubano por convicción y, sobre todo, santiaguero. Así, en el reparto Las Flores establece su espacio sagrado, desde donde se asoma al mundo y a la historia. Allí cultivó su sabiduría y coleccionó arte. En ese espacio se pertrechó para la batalla de la vida.

La Universidad de Oriente condicionó su devenir intelectual y en ella desarrollaría su obra científica. En sus aulas formó a miles de alumnos y fue allí donde forjó su prestigio como intelectual íntegro, durante momentos cruciales de la historia de su

patria de acogida. Fue duradero este compromiso, el cual trascendió en el tiempo.

En este horizonte Prat fue arqueólogo, restaurador, promotor cultural, escritor, crítico de arte pero, sobre todo, docente. Su universo intelectual no supo de límites, así lo testimonia su trabajo desarrollado en monumentos como El Castillo del Morro, la casa del Adelantado Diego Velázquez, el Ayuntamiento, la casa natal del poeta Heredia y muchos otros, a los que se asomó con sabiduría. En su caminar incansable hizo a la ciudad su aula favorita, la cual solía recorrerla, junto a sus discípulos, para descubrirla en sus secretos más recónditos.

En su andar incansable recopiló puertas, ventanas, piedras, pinturas, grabados, esculturas, jarrones, piezas de artesanía y cuanto objeto valioso hallara abandonado. De esta manera, conformó un amplio arsenal de bienes que utilizaba para ilustrar sus conferencias y demostrar las tesis expuestas en sus clases. Poco a poco, su casa se hizo museo, pero también lugar de acogida para alumnos, estudiosos, especialistas y amantes de la cultura.

Para nosotros, verlo llegar al Aula 35, ya muy anciano, empujado en su voluntad, remontando las escaleras del edificio fundacional de la universidad, era como encumbrarse al Olimpo de la historia, bajo el amparo de un protagonista excepcional.

Cada uno de sus discípulos tuvo la certeza de su trascendencia, por eso guardábamos con celo las libretas donde atrápamos sus frases más típicas, atesorábamos los exámenes con sus anotaciones y, sobre todo, conservábamos las bellas dedicatorias que nos regalara en los libros de su autoría.

Como muestra de ejemplar altruismo, el 14 de marzo de 1989 el profesor Prat hizo público su deseo de donar a la Universidad de Oriente su valiosa colección de arte con la finalidad de conformar un museo docente de temática artística.

En 1992 se destinarían dos niveles del recién construido Docente III a albergar parte de esta colección. Ese fue un momento de reconocimientos a la figura del maestro. El lunes 13 de abril de ese año, en acto solemne celebrado en el Salón de los Vitrales de la Plaza de la Revolución Antonio Maceo Grajales, se distinguiría a Prat con una de las más prestigiosas condecoraciones

otorgadas por el estado español, la Orden Isabel la Católica, digno reconocimiento a la monumental obra desarrollada por este catalán universal.

A pesar del esfuerzo desplegado por la dirección de la universidad por conformar con urgencia el museo de arte, el local designado no pudo contar con las condiciones adecuadas para el montaje, climatización e iluminación de las piezas expuestas. El edificio tampoco pudo alojar en sus predios toda la colección, por lo que permanecerían en la casa de El Caney el 70 % de las obras donadas.

En las duras condiciones del Período Especial se desarrollaron valiosas iniciativas para proyectar el museo y valorizar su colección. Anexo a esta joven entidad fue ubicado el Departamento de Historia del Arte, lo que permitió un estrecho vínculo con el alumnado de esta carrera, así como la conformación de un Grupo Científico Estudiantil que inició valiosos estudios sobre las piezas. En agosto de 1993, en mi condición de recién graduado en adiestramiento laboral, fui designado como responsable de esta entidad, lo que constituyó una valiosa experiencia para mi vida docente-investigativa.

Ilustres visitas fueron recibidas en esta sede. Personalidades de la política, de la cultura; diplomáticos, académicos, así como estudiantes nacionales y extranjeros, ponderaron el valor de la colección y exhortaron futuros estudios. En este contexto, fueron memorables las Jornadas de la Carrera de Historia del Arte, las Jornadas de Defensa de los Ejercicios de Culminación de Estudio, las celebraciones de los últimos cumpleaños del Dr. Prat, así como la realización de exposiciones de artes plásticas de afamados maestros como Antonio Ferrer Cabello, José Loreto Horruitiner o José Julián Aguilera Vicente.

El 24 de diciembre de 1993 tuvo lugar en los predios de este museo la presentación a la comunidad universitaria del mural de la fachada del Edificio del Rectorado, proyecto realizado por artistas alemanes y cubanos. Fui testigo, durante esos años, del fortalecimiento de la carrera de Historia del Arte, así como del incremento de sus vínculos con entidades laborales del ámbito de la cultura, tanto de la ciudad, como de la región oriental de Cuba.

En 1998 la Oficina del Conservador de la Ciudad decidió apoyar a nuestra Alma Mater en la reubicación de las piezas de la colección Prat. Con la firma de un convenio bilateral de colaboración, se aprobaría el traslado de las piezas a los locales de dicha entidad en calidad de depósito. De esta manera, se propiciaría un mejor acceso a ella, tanto de estudiantes, profesores e investigadores como de la población en sentido general, favorecido además por el privilegiado contexto en el cual se encuentra, aldaño al Parque Céspedes, y contiguo a dos edificios representativos de la obra de Prat: el Museo de Ambiente Histórico y el Ayuntamiento de Santiago de Cuba. Un hecho simbólico se añadía como valor agregado: el museo estaría ubicado en el ámbito del antiguo Seminario San Basilio Magno, semilla de los estudios universitarios en Santiago de Cuba.

Esta propuesta, aprobada con entusiasmo por el Dr. Prat, posibilitaría materializar el traslado de todas las piezas donadas por el maestro hacia un local apropiado para su exhibición y conservación. El 1 de agosto de 2003, ante la presencia de las máximas autoridades políticas y de gobierno del territorio, quedaba inaugurado el Centro Cultural Francisco Prat Puig.

Todavía falta mucho por estudiar sobre esta colección de arte. A veces silenciada por coyunturas, en otras ocasiones empolvada por circunstancias no muy felices, el conjunto de piezas que conforman el museo no ha encontrado el merecido reconocimiento que haga justicia a su impronta dentro del ámbito cultural cubano y, en especial, el universitario. ¿Tesoro desconocido? ¿Tesoro por descubrir? ¿Todavía?

Varios estudios han pretendido desbrozar estas interrogantes. En 1998, cuatro alumnas de la carrera de Historia del Arte realizarían trabajos de diploma referidos al legado del insigne maestro. Defendidos con éxito en los últimos años, varias tesis de diplomados, especialidades y maestrías se suman a la necesaria puesta en valor de este importante bien patrimonial de la nación. No puede dejar de señalarse la valiosa labor desempeñada por el equipo de especialistas del Centro Cultural Francisco Prat quienes, con celo y empeño, promueven y cuidan este conjunto de piezas, tanto las exhibidas en salas, como las que se encuentran a la espera de restauraciones minuciosas.

Referido a la colección, la Lic. Idania Ayala escribió el artículo “Francisco Prat Puig y el arte de coleccionar. La colección de arte de la Universidad de Oriente”, el cual forma parte del libro, *Seis miradas a la obra de Prat Puig*, publicado en 2008 por Ediciones Santiago. Investigar a profundidad la colección le permitió a la especialista adentrarse en las singularidades de este extraordinario tesoro.

En panorámica apretada, la autora nos conduce hacia obras representativas de varios momentos históricos. Se señala con énfasis la pequeña tablilla sumeria de escritura cuneiforme, valioso ejemplar ilustrativo de los inicios de la escritura; también se invita al visitante a apreciar las hachas prehistóricas y se recomienda la atenta mirada hacia las piezas procedentes de Egipto, Grecia y Roma.

Atractivas resultan la diversidad de exponentes del arte decorativo, entre las que se encuentran relicarios, jarrones y vajillas. Vale la pena un profundo proceso de restauración de la amplia y representativa pinacoteca, en la que se hallan diversas obras de maestros de las escuelas europeas. La colección de arqueología aborígen debe ser apreciada con minuciosidad, en especial el Dujo taíno. En el museo también pueden observarse singulares piezas de la cultura mesoamericana, así como vasijas rituales chinas de la dinastía Shang.

Hoy nos toca actuar rápidamente en el rescate y conservación de esta colección de arte, única en Cuba. Este propósito ha sido defendido por el Departamento de Historia y Patrimonio de la Universidad de Oriente, empeñado en desarrollar acciones que dinamicen la puesta en valor de este conjunto.

El 28 de mayo de 1997 el insigne profesor de generaciones partía al devenir de los tiempos. Pero ya Prat se había hecho inmortal a través de su colosal obra, la cual nunca podrá ser olvidada. Sus libros, sus conferencias, sus palabras, los monumentos arquitectónicos restaurados, mostrarán a generaciones de cubanos el excepcional talento de este catalán que entendió la cultura como derecho de todos.

Prat será siempre un glorioso paradigma; por eso, sus cientos, miles de discípulos sentimos la responsabilidad de nunca

defraudarlo, ni en la ciencia, ni en la conciencia. Desde la eternidad, el ejemplar profesor nos indica rumbos que nunca deben perderse. Por ello siempre estaremos a su lado en la insigne batalla por la salvaguarda del patrimonio cultural.